

VIII

Canción de New York

Para Francisco Fernando Álvarez Morales

ORGULLOSA VIVE

Habitando
Su propio vértigo
Entre un corazón
Subterráneo
Cruzado por aceros
Y túneles y túneles
Bajos cielos finitos
Y música cansada
En las caderas
En el ritmo
Del veloz y multitudinario
Paso ensimismado.

Vive orgullosa de habitar
Su propio vértigo
Vive orgullosa de vernos
Sentados en el metro
Rumiando
Nuestras propias premuras
Mezclando
Piel, religiones
Lenguas, razas
Gracias a su fe
O a la santa trampa
Que aquí teje
La locura
Del sueño americano.

Vive orgullosa
De ayudarte a inventar
Desde el fondo de su metálica vida
La adivinanza de la luz
El destino cierto
De una vida cada vez
Más incierta
El intento de acercarte
A un paisaje
—Sólo al tuyo—
Lo demás es inexistente
Sólo un afuera frío
Metálicamente imaginando
Y que sólo sobrevive
Desde la muerte de los otros
Esos otros que tú también eres
Esos otros que lamentablemente cargas.

Vive de instantes
Patrón de los abismos
Madre de las distancias
Lejanía de los cuerpos
Y desde ese tumulto
Como enjambre furioso
Que empuja los anuncios
A ritmo de taladros
Por la Quinta Avenida
O en China Town
O en Broadway
O junto al East River
Que va abrazando el Brooklyn
Mientras contempla a Manhattan.

Allí desde el tumulto
Los ciudadanos
Del Ombligo del Mundo
Reeditan su silencio
Para ahondar su abismo
Desde su territorio íntimo

Canto del solitario
Al que han dado en llamar
Locura y libertad.

Vive orgullosa
De habitar su vértigo
Vive orgullosa
Y no se cansa
De intentar ser un paraíso
Empinado
Intentando alcanzar el cielo
Para ponerle nubes de consumo
Vive orgullosa
De su rara y obligada
Simetría
Y a pesar de la altura
Que construye en su abismo
Sabe adivinar el sol
Y no se consuela
Y no se cansa
De su alma de colmena
De su dolor negro, ibérico,
Sudaca y africano
Y no se cansa de buscar una palabra
Que sean mil palabras
Mil agujeros de agua
Y donde el aire es gente
No, no se cansa
De ser la Babel
Por los siglos de los siglos
De saber hablar en lenguas
Y romperle el alma a Dios.

Se cierran
Se abren puertas
Ajenas a todo cielo
La gente es un solo río
Y quizás el mismo río
Yo adivino un paisaje

En su silencio tímido
En su andar temeroso
Vestido de premura
Y sólo desconfianza
Como quien dice futuro.

De París
A esta esquina universal
Con un toque de luz mortecina
Duerme el poema objeto
Grosero, surreal,
En su cielo finito
En su estado de gracia
En la estación anclada
En algún lugar del alma.

La ciudad, las palabras
Son como uno, como las cosas
Como el deseo, como el lenguaje
Una negación diaria para afirmarse en otro
Buenos días y buenas noches se omiten
Por la Quinta Avenida
Al final del invierno.

El frío es una arista
Y también ningún ángulo
El frío es una puerta
Por la que no se entra
Y tampoco se sale
El frío de la ciudad
El frío de los años
El de la tristeza
Y la soledad cansada
Igual son un encuentro
Lo mismo que un asombro
Un asomo al poema
Y en silencio locura.

Siempre será pequeño
Y muy ajeno el mundo
Cuando no se es amado
Cuando se está perdido
Y desde esta distancia
Y desde esta orilla
Compruebas que tu historia
Es como la gran ciudad
Vestida por el vértigo
Temerosa del vacío
Y queriendo hablar en lenguas como ella
Lo mejor es haber enmudecido.

Siempre será pequeño
Y muy ajeno el mundo
Cuando no se es amado
Cuando se está perdido
Y donde quiera que vayas
Habrá un silencio grave
Que te cubra de olvido.

New York, marzo de 1994

(Poema tomado del libro *Presencias del instante y la memoria*, Bogotá,
Universidad Pedagógica Nacional, 2000).